Ateneo 1951
25 marzo

Diario Montañés

48

51

El escritor visto por dentro

Por JOAQUIN CALVO SOTELO

Recientemente tuvo lugar en el Ateneo madrileño un ciclo de conferencias bajo la misma rúbrica de mi artículo.

Es un tema incitante, reconozcámoslo así. El escritor, brocal de pozo, invitado a mirarse a sí mismo, en la profunda sima y a contar a los demás, que es la parte grave de la invitación, lo que ve y cómo lo ve. Buen tema para tardes cuaresmales, propicias a la humildad, al recogimiento y, en suma, a la penitencia. De la misma manera, ocasión singularísima, para los ególatras, los narcisos y los endiosados...

A lo que el tema obliga es, en resumidas cuentas, a una especie de autobiografía. Pero la autobiografía, como el autorretrato, tiene muchos escollos, peligrosas sirtes en los que el naufragio es fácil y de los que conviene huir. En el autorretrato, el modelo no se ve sino reflejado, en escorzo. En la autobiografía, el autobiografiado se ve igualmente, sin perspectiva, próximo en exceso. Lo primero que hace falta a quien acomete su propia descripción, es despojarse de pasiones y analizarse en frío. Quitarse, puesto que se manifiesta en público, la adiposa importancia que en la intimidad se concede y presentarse, no disminuido por una falsa y artificial modestia, sino, responsable, escuetamente, convicto y confeso—perdónese a la frase su tufillo procesal—de la obra cumplida, con lo que ésta lleva anejo de insatisfacción o de contento.

La sinceridad será el mejor adobo de una conferencia así. De tal manera que, si hubieran de repartirse mercedes a los que toman parte en ese ciclo y valuar sus méritos, sería el de la sinceridad uno de los que ganaran primacía. Ahora bien, la sinceridad es difícil virtud, necesitada de laborioso aprendizaje, contra la que conspiran mil fórmulas sociales, mil leyes urbanas, en las que cuanto lleva el sello de lo espontáneo descarrila y se ~~ca~~ quista. ¿Quién se atreverá a decir, sinceramente, ante un millar de espectadores: esto soy, aquello quise ser y no lo seré nunca? Qué examen de conciencia, así de medido y de implacable, podrá hacerse, con rabiosa autenticidad, frente al múltiple auditorio ateneísta?

Mandarle a un escritor que se mire por dentro, es someterle a un delicado trance, es sublevarle,

en el fondo del alma, muchos posos dormidos o en letargo, es forzarle, en suma, a una especie de confesión de la que saldrá acaso tonificado, acaso deprimido.

No pongamos, sin embargo, pleito por eso al Ateneo. Muy al contrario, su ciclo ~~magnifica~~ la vida del escritor, como tema. Es igual que si la ~~declarase~~ de «interés nacional». El escritor, aquel cuyo oficio no es sino el de inventar seres nuevos a los que, previamente, ha tenido, a su vez, que mirar por dentro...

Y es que, en realidad, ¿no son así las cosas? Quién puede dudarlo... La vida del escritor despertará interés siempre y siempre tendrá público. (La del político también, pero no tanto por sí mismo, como por su circunstancia). Análoga invitación, en cambio, formulada a los miembros de cualquier otra profesión liberal, habría caído en el vacío. Y no porque el alma del ingeniero, o del abogado, o del médico, escondan menores complejidades que la del escritor, sino porque la comunicatividad de la de éste, es mayor que la de ningún otro y se proyecta sobre todos y se lleva tras sí, no sólo el interés de sus hermanos de oficio, sino el de muchos que le son ajenos. Chateaubriand es más sugestivo que Lesseps. La historia de las mujeres que amaron a Eiffel, verbi gracia, nos tiene sin cuidado. La de las que quisieron a Musset, ya es distinto. Entre otras causas, porque el varillaje de hierro de la torre que dió nombre a aquel, no nos dice nada de ellas y los versos del poeta, dibujan, desde la primera a la última de sus sílabas, las sombras femeninas de quienes fueron sus musas: ya Mme. Aimée d'Anton, ya Jorge Sand.

El ciclo del Ateneo resella, pues, con su marchamo oficial el valor espectacular de la vida del escritor. «Pasen, señores; pasen», pudiera decirse, a la manera circense, en los umbrales de la docta casa. Y a la insaciable voracidad pública, algo morbosa, como a un entomólogo el insecto preciado, mostrarle por dentro el escritor de turno, con sus sueños y sus amarguras, sus ambiciones y sus fracasos, funcionando, igual que los motores de las Ferias de Muestras al ralenti tras su frágil y luminosa coraza de celofán.

(Prohibida la reproducción)

malta